

de otra manera, se plagia y, para peor de males, sin espíritu crítico.

### “La pérdida de mi mujer” o “la perdida de mi mujer”

El último síntoma a lidiar desde un Taller de Redacción en los tiempos de la banda ancha es la ortografía. Tildes que faltan, haches que no existen, “q” por “que”, “xq” en lugar de “porque” o “por qué”, “tb” indistintamente por “todo bien” o “también” sin regla fija porque su sentido varía de redactor en redactor, preguntas que se cierran con signos de interrogación pero que no se abren (maldito castellano), abreviaturas que no corresponden, siglas no explicadas y los más preocupantes errores de ortografía. Así se escribe en y para Internet. Por carácter transitivo, así se lee por Internet que, recordemos, es el material básico de lectura cotidiana de nuestros estudiantes. Y sí, así escriben. Y sí, son universitarios. Y no, no podemos desligarnos del tema ni echarle la culpa a la formación secundaria. Hagámonos cargo de este problema con la conciencia tranquila ya que no se circunscribe a la Facultad y mucho menos a la Universidad y propongámonos hacer de la correcta escritura un atributo de nuestros egresados. Pensemos que, en un futuro para nada lejano, nuestros estudiantes eventualmente van a escribirle a un posible empleador por un puesto de trabajo y los últimos docentes que van a haber podido aconsejarlo al respecto vamos a haber sido nosotros mismos, no un docente secundario que estereotipamos en nuestra mente para culparlo de todos los males que les legaron a sus (nuestros) estudiantes.

### Aportes del aula taller

Una solución que me ha funcionado es proponer un manual de estilo de la cátedra basado en tres tipos de normas. El primero exige un nivel de redacción acorde a la formación intelectual y cultural que se le exige en el mercado laboral a una persona que decidió cursar y finalizar sus estudios universitarios. En un segundo nivel se fija un conjunto de reglas que apunta a la creatividad de expresión y promueve la búsqueda del estilo personal al otorgarle estatus de futuro sello de diferenciación profesional. El tercero fija las pautas de investigación y apunta a explorar profundo en un radio acotado. Un militante de lo inédito como lo fue Augusto Monterroso aconsejaba a sus colegas escritores no olvidar que, por más original que fuera, un recurso por sí mismo jamás superaría a la profundidad de una historia o a la complejidad de sus protagonistas.

Expresado de manera más taxativa, el manual de estilo de la cátedra procura que los estudiantes utilicen una sintaxis poderosa y creativa y una gramática inapelable para expresar contenidos sólidos e interesantes.

Subyace entonces una cuarta norma tácita: La lectura como condición previa y necesaria para una correcta redacción. Debemos nosotros seguir diferentes opciones didácticas entre los extremos de, por un lado, manejar al dedillo los códigos de nuestros estudiantes y hacerles leer sólo el material que sabemos que los atraparé y, por el otro, decirles: “¡Es la bibliografía, estúpido!”

Un gran desafío tenemos. Debemos lograr que nuestros estudiantes lean haciéndoles comprender que todos los atajos no son siempre recomendables y que la intelectualidad siempre queda más adelante.

## El aula, arena de negociación

Florencia Panichelli

“¿Y esto para qué me va a servir?” Suele ser la pregunta con que todo profesor de Comunicación debe enfrentarse al dar clases en una carrera vinculada sólo tangencialmente con la problemática comunicacional.

Pues bien, puesta a dictar la materia Comunicación Oral y Escrita por primera vez en una comisión de futuros diseñadores de indumentaria, decidí adelantarme al interrogante fatal. Y aunque no adscribo a la postura que entiende únicamente el conocimiento en una sinergia con la utilidad, me dispuse a pensar en qué sentidos la comunicación podía ser una herramienta más en el trabajo del diseñador de moda.

Sumergirse (incluso, a veces, permitirse naufragar) en el mundo de la escritura, de la gestualidad, de la escucha, de la oralidad — es decir, de la comunicación humana — comporta, sin lugar a dudas, un crecimiento en el manejo de las relaciones interpersonales, pilar fundamental del mundo del trabajo. Y del trabajo del diseñador en especial, puesto que el contacto con proveedores, colegas y clientes es permanente e insoslayable. Por otra parte, el mercado del diseño es también (además de un mundo de imágenes, de objetos y de todo tipo de estímulos visuales) una trama de conceptos que intentan transmitirse y que apuntan a identificar a un determinado grupo de consumidores. Esto es: no se trata sólo de lo que se ve, sino también de lo que se “dice” a través de lo que se ve. El desarrollo de una marca es proceso en el que el lenguaje toma participación como herramienta inexorable para transformar una idea inasible en un mensaje concreto y comunicable.

Además, el anclaje de la moda en el discurso de los medios masivos hace necesario que el diseñador de indumentaria sea un buen comunicador y que, en muchos casos, incluso esté en condiciones de ser su propio agente de prensa.

Esta fue mi propuesta, entonces, al iniciar el curso de COE. Unas pocas clases bastaron para que dejara atrás ciertos prejuicios acerca del alumnado de una carrera como Diseño de Indumentaria. Con los primeros textos de producción propia, los alumnos hicieron que yo comenzara a observar que la moda es una forma de arte y que el espíritu artístico suele manifestarse a través de múltiples lenguajes, disciplinas y medios (entre ellos, la escritura).

Hacia mitad de cuatrimestre, sin embargo, el nivel de atención y participación en las clases había decrecido. Aprovechando la finalización del módulo de textos sobre comunicación escrita, y el inicio de la unidad sobre oralidad, propuse realizar una evaluación del cursado de la materia.

Nos sentamos formando un círculo con las sillas. Siguiendo el orden de la ronda, cada alumno fue dando cuenta de los aspectos positivos y negativos de la modalidad de clase, contenidos, trabajos prácticos y de la propia actitud frente a la materia. Allí surgieron cuestiones como el temor a exponerse en público, el escaso o nulo hábito de lectura, la dificultad para mantener la concentración, la turbación ante una serie de conceptos desconocidos. También apareció la eterna demanda de insuflarle un mayor dinamismo a las clases. Y entre todos consensuamos ajustar algunos mecanismos para dedicarle más tiempo a la interacción, a la producción y a la práctica.

La petición de asistir a una “clase dinámica” es un derecho válido de los alumnos. De hecho, el tema es un fantasma que

persigue a casi todos los docentes, preocupados casi obsesivamente por aportarles ritmo, motivación e interés al proceso de transmisión de conocimientos.

Reconozco que muchas veces los docentes queremos “dar todo” e intentamos hacer entrar (a veces, a presión) la totalidad de los contenidos del programa en poco más de un quincena de clases, lo que no es más que la consecuencia de nuestra pasión por lo que enseñamos. Pero ese afán por tocar todos los temas resiente el tan ansiado dinamismo (y, en general, la posibilidad de profundizar, analizar y debatir), especialmente en una materia tan vasta como COE.

Igual de cierto es que, en no pocas ocasiones, la demanda de dinamismo disfraza otro problema: la reticencia a asumir el esfuerzo que todo proceso de aprendizaje necesita para realizarse auténticamente. Aprender en la universidad no es divertirse. Tampoco es una tarea pasiva. El compromiso con la acción (la atención, la lectura de la bibliografía, el procesamiento de la información, el planteo de las dudas, la realización de los trabajos prácticos) es un requisito básico.

Entonces, el aula se vuelve arena de negociación. Por un lado, los docentes debemos ser flexibles, mantener un constante monitoreo sobre nuestra práctica y estar dispuestos a realizar revisiones didácticas (casi a modo de laboratorio) en función de las demandas de los alumnos. Por otro lado, es necesario delimitar un marco, ciertos criterios mínimos, unas determinadas reglas del juego que no pueden vulnerarse.

Exponer el propio trabajo a la evaluación de quienes son los destinatarios de nuestra labor pedagógica (más allá del típico *feed back* de fin de cuatrimestre) no es un tránsito sencillo. Es un ejercicio de autoridad: de la autoridad interna y de la que emana del rol docente.

El desafío de la experiencia áulica da frutos dulces, toda vez que los docentes de comunicación estemos dispuestos a enriquecernos no sólo en una dimensión académica, sino también humana, interpersonal y vincular. Después de todo, para eso sirve la comunicación.

## La enseñanza lineal y no lineal

Guillermo J. M. Pardo

Desde mis primeros años de profesión, ha sido parte de la labor que se me ha solicitado, el capacitar personal. Y empujado a estas tareas, como quien es impedido a aprender a nadar, he forjado instintivamente mis herramientas de enseñanza. Esto es, he aprendido a enseñar y he aprendido la responsabilidad de enseñar. Responsabilidad que recaía en mí, desde la sencilla necesidad que la tarea enseñada estuviera correctamente realizada dentro de la coordinación o jefatura a mi cargo. Responsabilidad que se resumía, finalmente, en la puesta al aire y transmisión de un programa en vivo. No era poco.

Ahora bien, en este punto uno descubre a la gente según la particular óptica de Rabanauskhas, el filósofo checo que sentenciaba: “Hay tres tipos de personas; las que hacen que las cosas sucedan, las que observan como suceden las cosas y las que preguntan, ¿Qué pasó?”. Con todo lo cual, no tardé en descubrir que, puesto a enseñar, no solo bastaba con elaborar y ensayar una mera tarea comunicacional. Ni siquiera a través de la demostración pragmática del funcionamiento del objeto en estudio.

La comunicación era importante, pero no lo era todo.

Según una antigua definición dada por Aristóteles, el hombre es el ser viviente que habla. Y es de notar que para el común de los hombres, difícilmente transcurrirá todo un día sin haber pronunciado vocablo alguno. Empero, desde hace ya bastante tiempo sostengo que desdeñamos nuestro rasgo distintivo, y aunque parezca contradictorio, lo empleamos muy poco. La prueba está en que nunca se hace tan mal uso de la lengua como en las reuniones familiares. Los hombres discutiendo de política o de fútbol. Las mujeres hablando sin parar en medio de una mascarada de risas y carcajadas. Y los chicos, que saltando y gritando dan a cada palabra un marco de alegría insoportable. Más ejemplos podrían encontrarse por decenas. ¿Quién no ha pedido, cabizbajo, perdón por no haber pensado lo que decía... cuando en realidad no quería decir lo que pensaba? Tal vez todo se reduzca a terminar por aceptar algunas falencias en nuestra educación, puesto que cuando nos enseñaron a caminar y hablar, en cuanto aprendimos, se nos ordenó que nos sentáramos y nos calláramos. Pocas veces se atino a enseñarnos a pasear y dialogar. Es por eso que casi siempre estamos atropellándonos unos a otros en empedrados verborrágicos, o en caso contrario, sentándonos en la renuente banca del silencio. Y si a este resumen de la cotidianeidad, le sumamos el enunciado excelso de Talleyrand cuando nos enfrenta a la hipocresía diciéndonos que “la palabra se le ha dado al hombre para encubrir su pensamiento”, ¿Qué más falta agregar?

La comunicación es importante, pero no lo es todo. Lejos de la retórica, más importante es el pensar y entender lo que se esta escuchando. Por lo tanto, si intuitivamente era plausible el aprender a enseñar, también debía ser posible el enseñar a aprender. Debía ser posible generar la curiosidad como un camino hacia el descubrimiento y la adquisición del conocimiento duradero que se logra a través de la inferencia. El desafío estaba planteado. Al argumento teórico se le sumaba la exposición del problema a resolver. Y hasta ahí todo lo que podía prepararse y preverse. Por lo demás, un proceso enriquecedor para ambas partes. La pregunta que derivaba en la inquietud. La incógnita develada en la investigación. La práctica como resumen palpable del conocimiento adquirido. Pasados unos cuantos años, y habiendo hecho acopio de cuanto material didáctico relacionado con las aplicaciones más usadas por los medios televisivo y cinematográfico despertara mi interés, decidí llevar a cabo mi profesión de manera independiente. Pero encarada principalmente desde la enseñanza personalizada, y con la constitución de un pequeñísimo y modesto estudio, hoy erigido en sumidero de mis mayores satisfacciones y esperanzas. Muy poco tiempo después, surgió la posibilidad de volcar mis conocimientos y mi experiencia tanto en la educación media como en el ámbito académico de la Universidad de Palermo, con todo lo que ello conlleva y descubro día a día. Desde la primitiva ingenuidad hasta la adecuación de las propias aspiraciones y voluntades a la realidad insalvable.

El desafío, empero, creció en progresión aritmética. No es lo mismo la interacción individual con el estudiante, que el manejo grupal de toda una comisión. Pero, además, cabe señalar otra diferencia fundamental. Porque tampoco es lo mismo la formación como una necesidad nacida desde el lugar de trabajo, que aquella que se proyecta con vistas al futuro profesional. En el primer caso, existe un conocimiento previo que deriva